

## UN NUEVO SISTEMA CONTINENTAL

Cuarenta y ocho horas después de asumir su cargo, el Presidente argentino Héctor J. Cámpora firmó con su colega Osvaldo Dorticós el restablecimiento de plenas relaciones entre su país y Cuba.

La Argentina se ha convertido así en la octava nación del hemisferio que desobedece a la camarada OEA, donde sólo una burocracia digitada por el Departamento de Estado y un plantel cada vez más exiguo de Gobiernos vasallos, custodian el simulacro jurídico de la ruptura con el Régimen cubano, decidida en 1962 y 1964.

Los Gobiernos no se van de la OEA; por el contrario, asisten con puntualidad a sus conclusiones... para pedir que desaparezca. Las cancillerías ya no insisten en anular las medidas que excluyeron a Cuba; simplemente, las ignoran, y deciden, de modo unilateral y soberano, su relación con La Habana.

En 1964, el atildado José Mora Otero, secretario general de la Organización, comunicaba al mundo: «El marxismo-leninismo es incompatible con la OEA». Hoy, después de catorce años de bloqueo, invasiones militares, aislamiento político y sabotaje económico, el antiguo réprobo Fidel Castro se yergue en la Plaza de la Revolución, se acaricia las barbas y comunica, sonriendo, a medio millón de espectadores bien comidos, vestidos y educados: «La OEA es incompatible con el marxismo-leninismo».

Históricamente, el acta suscrita el 27 de mayo por Cámpora y Dorticós completa los vínculos oficiales entre el cono Sur y Cuba, iniciados por Salvador Allende en 1970 —apenas ocupó la Presidencia chilena— y continuados por Perú en 1972. Pero la decisión de Buenos Aires no significa tan sólo agregar un noveno miembro al grupo de países que, mediante el ademán simbólico de las relaciones con La Habana, han mantenido o recuperado la soberanía de su política exterior.

Al sumarse a ese conjunto (insólito para los norteamericanos, quienes siguen sin entender esta súbita reagrupación de países, similar a un compuesto químico de pronto precipitado, que se transforma en otro elemento), la Argentina permite visualizar, por primera vez, la imagen física del nuevo esquema regional enfrentado hoy a la estrategia yanqui.

Un sistema continental diferente ha nacido el 27 de mayo en Buenos Aires, precipitado por la actitud argentina, aunque su catalisis venía siendo preparada por la paciente diplomacia y las concepciones dialécticas de la dirección política cubana.

Si se une con un trazo continuo sobre la carta del Hemisferio al Río Bravo, la Tierra del Fuego, Buenos Aires, Bridgetown y La Habana, se obtendrá una figura geométrica de cinco lados que encierra a México, toda la América Central, las dos terceras partes de la América del Sur y prácticamente el total de las Antillas.

Diecinueve países aparecen en el espacio geopolítico determinado por los ejes de vinculación entre La Habana y las capitales de las naciones oficialmente solidarias con Cuba: México, Chile, Jamaica, Perú, Trinidad, Tobago, Guayana, Barbados y Argentina. Su territorio conjunto suma 11.054.316 kilómetros cuadrados, y sustenta 170.048.868 habitantes.

Los países exteriores a esa área son, significativamente, aquellos donde la dominación estadounidense se ejerce con más crudeza: Brasil, Paraguay, Uruguay, la República Dominicana, Haití y Puerto Rico. Comprenden 9.182.731 kilómetros cuadrados y 114.385.000 habitantes.

El nuevo esquema, pues, abarca la mayoría física de la América Latina. No muestra homogeneidad, ni una delimitación zonal nítida, precisamente porque se trata de una entidad geopolítica. Reordena fuerzas afines, pero la geografía le introduce enclaves antagónicos, o deja otros a medio incluir. Posee, sin embargo, una notable diferencia con los espacios geopolíticos conocidos.

Mientras en casos anteriores —el proyecto brasileño de expansión, el de los militares argentinos de 1966— se concibieron como polarizaciones de países satélites en torno a un país rector, éste nace con dirección y objetivos multinacionales. Frente a la geopolítica del imperialismo, la América Latina ha inventado de pronto la geopolítica de la liberación.

Todavía diverso en estructuras sociales y económicas, el sistema recién nacido dispone, empero, de un término de referencia bien manejable: la defensa de intereses nacionales —que se traduce en complementación económica y tácticas comunes— frente al propósito hegemónico de los Estados Unidos.

Ese indicador permite identificar en su seno tres categorías de países con denominaciones provisorias:

1) El *núcleo*, constituido por Cuba y sus aliados diplomáticos. (No habría inconveniente, dada la actitud del Gobierno Torrijos sobre el problema del canal, en agregar a Panamá). Todos se caracterizan por haberse levantado, en diverso grado de decisión po-

lítica, contra la imposición absolutista del interés norteamericano. Suman 7.137.617 kilómetros cuadrados, con 109.592.866 habitantes.

2) Los *enclaves yanquis* que los ejes de vinculación del sistema dejan en su interior: Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica y Bolivia, con 1.519.515 kilómetros cuadrados de territorio y una población de 20.093.759 habitantes.

3) El grupo *concéntrico* (con referencia al *núcleo* y en el sentido de estructuras e ideologías). Sus tres países, Venezuela, Colombia y Ecuador, difieren todavía del *núcleo*, pero están positivamente condicionados por su propia coyuntura: burguesías nacionales en contradicción con el interés norteamericano, y por la previsible extensión de medidas unificadoras como el Pacto Andino. Estas importantes naciones abarcan 2.321.634 kilómetros cuadrados, con una población de 38.936.000 habitantes.

Un cuarto grupo aparece en las fronteras del sistema: Paraguay, Haití y la República Dominicana, con una superficie total de 482.944 kilómetros cuadrados y 11.258.000 habitantes. Los tres se encuentran solicitados doblemente por los países exteriores (a nivel de sus Regímenes) y por la tendencia liberadora del nuevo esquema (a nivel de sus propios pueblos).

¿Cuál será la opción final de estos países y la de los *enclaves*? No es aventurado predecirla como positiva, aunque en plazos variables y dependientes de factores todavía en gestación. Todo conjunto geopolítico funciona como un complejo de fuerzas —opuestas o concurrentes— con una resultante que las resume e indica la dirección del proceso obedeciendo a las necesidades comunes.

Fuera del cuadro corporizado por el convenio de Buenos Aires, permanece el Brasil, esa «superpotencia» cuyo mítico crecimiento ha deslumbrado a Richard Nixon hasta el extremo de confiarle una especie de nuevo virreinato colonial latinoamericano.

La expansión brasileña parecía hasta ayer sin valla política. Bolivia, Uruguay y Paraguay eran su puesto de avanzada; la Amazonia, su conexión geopolítica con el resto de países continentales que le son limítrofes. Ahora, repentinamente aislado del proceso hemisférico por obra de la otra geopolítica, el subimperialismo del Brasil se ve en la única y escuálida compañía de un Uruguay igualmente fascista y oligárquico. Ambos cuentan, en una absurda asociación del mastodonte y el enano, 8.690.891 kilómetros cuadrados y 100.373.000 habitantes.

(Debe citarse como complemento del cuadro anterior la especial situación de Puerto Rico, que se sitúa geográfica y jurídicamente fuera del nuevo sistema.

No es discutible, sin embargo, su vocación de independencia, originada en una raíz histórica e inseparable del destino común latinoamericano. En determinado momento habrá que ubicarlo políticamente en el área liberada.)

Las cifras siempre son fastidiosas, pero en este caso han sido útiles para dos conclusiones, determinadas por los datos de territorio y potencial humano antes consignados.

El nuevo sistema continental, que nunca soñaron Nixon ni sus antecesores, parece irreversible. En su área, aunque el grupo *fronterizo* fuese atraído definitivamente hacia la órbita de la presencia norteamericana, o el grupo *concéntrico* y los *enclaves* postergaran su incorporación plena (y la índole del esquema, con su interacción permanente motivada por intereses comunes amenazados, no permite suponerlo), el *núcleo* posee una mayoría de superficie y población y un enfoque históricamente correcto, al retomar las ideas bolivarianas de unidad política y complementación económica. Añadidos a las enormes riquezas potenciales o ya en explotación que posee el *núcleo*, esos factores contienen formidables posibilidades productivas, políticas y sociales.

El repliegue norteamericano frente a una coyuntura que le es funesta y no puede modificar, sólo ha atinado a respuestas deshilvanadas en el plano político. A su regreso de su reciente y desafortunada jira por ocho países del Hemisferio, el secretario de Estado, William P. Rogers, balbuceó, el lunes 28 de mayo, ante una reunión de los embajadores latinoamericanos con sede en Washington: «Tendremos 23 políticas exteriores para la América Latina».

Ese disparate, en boca del responsable de la diplomacia global norteamericana, ha revelado que los Estados Unidos, en realidad, no tienen siquiera una política exterior para la América Latina, cuando la vigente hasta ayer se ha desintegrado en la parálisis de su propia artificialidad.

Todavía el proceso de secesión entre los Estados Unidos y la América Latina está en su fase de planteo. El monopolismo no posee respuestas políticas a ese problema, y su instinto de supervivencia puede dictarle aún reacciones de fuerza, agravadas por una crisis interna de profundidad antes no conocida por la sociedad norteamericana.

Es previsible que en el futuro inmediato emplee más directamente —tanto en la agresión económica como en la militar— su poderosa capacidad destructiva, a semejanza de un Polifemo ciego y herido de muerte. Pero Ulises y sus compañeros ya han abandonado la playa y navegan hacia aguas abiertas, mientras el ciclo agoniza, compadecido por nadie. ■ CARLOS MARIA GU. TIERREZ.